

LA VICTORIA

Publicación Semanal, Comercial y Política.

Año 1

San Bernardo, 24 de Abril de 1920

Núm. 9

LA VICTORIA

PERIODICO LIBERAL

Publicación fundada el 28 de Febrero 1920.
OFICINA DE REDACCION
Arturo Prat 183 - Casilla 55

Subscripción anual \$ 14.00
Número suelto 0 10

LA VICTORIA

SAN BERNARDO, 24 DE ABRIL DE 1920.

NUESTRO SALUDO

Dentro de pocas horas, un grupo de ciudadanos, habrá declarado cual es, a su juicio el hombre que reúne el mayor número de cualidades para representar en el más alto sitio de nuestra jerarquía republicana, sus tendencias y aspiraciones.

Este Congreso se efectuará enarbolando la insignia de la Alianza Liberal, y es bien lamentable, que la ambición desmedida de unos, y la agresiva intemperancia de otros, no permita ver reunidos al pie de una casaca tan querida, a todos los elementos que le rinden homenaje.

Los liberales de este departamento—hablamos de todos—no tendremos el derecho de hacer oír nuestra voz, en ese Congreso. El exquisito tino con que el actual Directorio General tutela los intereses del Partido, deja sin representante a una de las más numerosas Asambleas de la República.

Una insólita actitud, si bien nos priva de un derecho inalienable, correlativamente nos autoriza para no respetar sus acuerdos, si, como no desentamos, la Convención designa candidato a una persona que no traducea nuestra manera de opinar sobre la materia.

Esto es de indestructible lógica: si se nos considera fuera de la ley, si se nos niegan derechos, tiene también que relevárenos de los deberes.

En nuestra forzada expectación, sólo nos queda, desear a esta justa política, el éxito más liosojéro.

Bien se lo merecen, los soldados anónimo, que aunque son restos del que fue brillante ejército, se congregan llenos de entusiasmo al pie del estandarte que creen amenazado.

Convencidos de su sinceridad y admiradores del fervor de sus convicciones, estamos ciertos de que al calor de tales nobles sentimientos, no pueden incubarse candidaturas, que con justicia rebuzan nuestros compatriotas; y que, por el contrario, se unirá a un ciudadano, cuya actuación merezca en bien del país, y doctrinarismo acentuado y cierto, sean prudente segura de un porvenir esplendoroso para nuestra patria.

Dios, y la buena estrella de este país, quieran que así suceda.

C. A. I. D. O. K.

Doctrinalismo y Personalismo

Sobre nuestra mesa de redacción, contemplamos la grande y selecta lista de notables que han firmado los Resúmenes de la Convención Unionista y su lectura, nos ha obligado a preguntarnos: ¿Están efectivamente amagadas, las doctrinas liberales? ¿Permitirá un conjunto de personas, de indudable liberalismo que su programa sufra la más leve transgresión? Y hemos tenido que contestarnos que no es posible. No se nos oculta que en esa lista figuran corralguías de doctrinarismo bien dudoso, pero la gran mayoría, es digna de la mayor confianza a

este respecto, para quien juzga con pleno conocimiento de las personas, y en forma menos apasionada que la que se está usando en esta materia.

No indica esto que defendamos la actual división del partido; esta publicación, desde sus comienzos, la ha deplorado; pero no podemos negar, que después del discurso pronunciado por el señor Matte en el Centro Liberal; después del sin número de renuncias de los Directores del Partido, tras la exposición del señor Letelier Elgart; y por último, en vista de la forma parcial con que el Directorio General del Partido, ha resuelto todos los asuntos sometidos a su deliberación, nuestro criterio se ha ido modificando en forma substancial y hoy ya no vemos en el movimiento unionista un peso inconulto y desprovisto de fundamentos.

Compartíamos el temor de que la fracción unionista, tendría que solicitar el apoyo de partidos antagonicos, para realizar su Gobierno; mucho nos engañamos, o la lista de convencionales, desvanecese por completo esta suposición. Además, ¿cuánta la fracción aliancista con la suficiente mayoría parlamentaria para realizarlo? Tampoco. Entonces, todas las promesas que se nos hagan, al respecto, no pasarán de buenas intenciones, cuyo cumplimiento dependerá o de la reconstitución de la Alianza Liberal o de su ampliación con la entrada de los demás partidos afines.

¿Cuáles son los obstáculos con que tropieza esta verdadera obsesión de los buenos liberales? Dos principalmente, y ambos corresponden a nuestro Partido aliancista: La reorganización del Directorio General—cuya extraña composición—como dice el señor Letelier—es la causa inmediata de nuestras divisiones. Y que algunos dirigentes subordinen sus propias conveniencias, a la del país y de su partido.

Como se ve, el asunto no es de imposible solución, y sólo una terquedad ineludible puede mantenerlo insólito. Para justificar tan extraño proceder, se apela al doctrinalismo; mas, en nuestro modesto concepto, si los anhelos de soluciones doctrinarias fueran sinceros, el candidato más probable de la Convención Aliancista debía ser un radical; todos sabemos que se le estima viable, sólo como una transacción. Aún más de los candidatos liberales, pocos más sinceramente doctrinarios y más preparados que el señor Yáñez; y sin embargo, nadie ignora que su proclamación es bien problemática.

Quiera Dios que nos engañemos pero mucho lo dudamos.

Si efectivamente las doctrinas hubieran estado en juego, la cuestión liberal no habría sido tan numerosa; ni se habrían producido rozamientos en el seno del más disciplinado de los partidos, el radical.

No debemos echarnos tierra a los ojos; al hacer fracasar la Convención única no se han inspirado en fines doctrinarios sino en un ciego personalismo, posiblemente bien cimentado, pero que esperáramos se hubiera estado de mano, en aras de las superiores conveniencias del partido.

Las lamentables divisiones que sufren todos los partidos, con excepción del Conservador, se debe únicamente a que las luchas por las ideas se han abandonado por el caudillaje. Hoy los candidatos se auto-proclaman, antes que lo hayan hecho las Convenciones y lo que es más sensible, ante que el país conozca el programa que servirán. Cada vez que esto suceda, tendremos que deplorar estas fatales escisiones.

Mañana se verá si tenemos razón; por mucho que nos halague poseer el don profético muy sinceramente anhelandos de que no se cumplan nuestros vaticinios.

La cual fue presidente nra. en un momento.

NUESTROS SERVICIOS DE BENEFICENCIA

La Maternidad

Se impone su instalación.—Lamentables desgracias causadas por la falta de este servicio indispensable.

Vivamente impresionados escribimos estas líneas, al saber que las madres menesterosas o de escasos recursos, carecen en el pueblo de una Maternidad en que puedan dar a luz sus hijos con la debida asistencia médica.

El Hospital rechaza las parturientas porque carece de salas y demás elementos necesarios para atenderlas.

Debido a la falta absoluta de recursos hemos sabido que han ocurrido casos tan horribles como el de aquella mujer que dió a luz en su rancho sin tener siquiera algodón y en que el médico alumbrado por un candil de sebo y ayudado por una vecina que se prestó de comadrona, hubo de emplear el agua de la acedra.

No se crea que es exageración, pues, podemos citar el nombre del médico que atendió a la enferma.

Otra pobre mujer en Santa Marta, tuvo su hijo en iguales condiciones y de más mala suerte que la anterior, murió de fiebre puerperal.

Hace cuatr o cinco días fue llamado un caritativo médico del pueblo a fin de que atendiera a una pobre mujer que agonizaba a causa de las hemorragias y, triste es confesarlo, el doctor constató que ellas se debían a la falta de asistencia médica y carencia absoluta de específicos en el parto.

Y cuántos otros casos semejantes se ven diariamente!

Todas esas vidas pudieran haberse salvado, si hubiera habido una Maternidad que atendiera el nacimiento del niño, fuera viva que tenemos la obligación de conservar.

¿Quién es el culpable?

En primer término las autoridades que nada han hecho, y por tanto son culpables de negligencia.

En seguida el hospital mismo, pues, si una parturienta llega hasta él, en cualquier parte debe albergarse, ya que la maternidad es sagrada.

Y por último somos culpables todos nosotros que nos limitamos a hablar; pero que jamás nuestros esfuerzos tienden a buscar los medios para solucionar cualquier problema: so, nos también culpables por negligencia.

Madres, maridos de jóvenes mujeres, señoras de altruistas asociaciones, es necesario que ante el peligro de la humilde Maternidad amenazada, manifiesten con hechos y no con palabras que no quieren ser autores, por culpa y negligencia, de estas muertes.

Si las autoridades nada hacen, todos debemos contribuir con nuestros recursos a fundar un Asilo, que salve a las madres e hijos de nuestro pueblo.

N. C.

El deber de los Partidos Liberales

Hacia la unificación del Liberalismo

V

Pero donde se ve mejor la magnitud del mal causado y lo arraigado que estaba en la vida política del país fué en el momento en que se declaró la Guerra Europea. Vivíamos tan al día y tan ajenos a los sucesos eventuales que pudieran venir, y que hasta ese solemane momento bastante se habían hecho esperar, que tuvimos que sufrir con mayor intensidad las consecuencias económicas de la guerra, aún que los mismos beligerantes.

Por otra parte, muchas de las medidas que pudieran haberse tomado durante ella no se adoptaron y dichas consecuencias ni fueron suficientes para que se enmendaran los rumbos del Gobierno. La hora era propicia; pero se puede decir que no hubo quien la aprovechara. Las actividades del Presidente de la República debían diluirse mucho en la rotativa ministerial. No era posible ocuparse primordialmente de estas cosas cuando antes que nada cada una de las mayorías antagonicas a que nos hemos venido refiriendo debían estar alertas a los avances del adversario, ya se tratara por un lado de poner coto a las pretensiones exorbitantes de una de ellas, ya se limitara la otra a no dejarse arrebatar el Gobierno.

Después, en el tiempo transcurrido hasta las elecciones del 3 de Marzo de 1908, el mal se agrava. La lucha en la elección presidencial que, se había verificado algún tiempo antes, había puesto en evidencia las fuerzas electorales de la Alianza. En efecto, la Coalición había presentado de entre su seno un candidato de gran prestigio político, habiendo hecho además un verdadero de

roche de dinero. Con todo el candidato de la Alianza obtuvo mayor número de votos, si bien una anomalía constitucional le negó el triunfo.

En semejantes condiciones el lapso transcurrido hasta las mencionadas elecciones fué de absoluta esterilidad para el país.

Las dos grandes combinaciones habrán ben febrilmente y la preparación para la lucha había despertado enocho entusiasmo, como que en ellas se cifraban grandes esperanzas de regeneración política.

Y las expectativas eran bastante pesimistas al respecto. De las informaciones que daban los partidos no se deducía que pudiera verificarse un cambio substancial en el Congreso y que hiciera posible la organización de una fuerte mayoría liberal. Desde luego en el Senado la mayoría aliancista parecía incontrarrestable y respecto de la Cámara no se creía—quiza por un raro fenómeno psicológico, pero existente—que cambiara de tal manera su composición y viniera a reflejar en su justo límite las fuerzas de los dos bandos.

No era raro entonces que la desastrosa del país se hiciera más profunda, y que tuvieran lugar como consecuencias del desgobierno no pocas incidencias que al considerarse no dejarían de contribuir al mayor descrédito de la Coalición y por ende al momento político a que nos venimos refiriendo.

Verificadas las elecciones la opinión liberal creyó ver realizados sus patrióticos anhelos. El país entero había respondido a la voz del interés nacional y los desvalos que uno de los bandos gastará por que se le resguardara en derecho y porque la imparcialidad fuera la norma del Gobierno se vieron recompensados después de la jornada. El programa de la Alianza era dar un Gobierno conforme a la voluntad de la mayoría del país y trataría y creía posible conseguirlo. El programa de la Coalición era casi el propio del Partido Conservador.